

História Unisinos

E-ISSN: 2236-1782

efleck@unisinos.br

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

Brasil

Aguilar Rodríguez, Daniel E.
Cuando las paredes hablan. Transformaciones en el estilo de vida de la clase alta
bogotana durante el s. XIX
História Unisinos, vol. 17, núm. 1, enero-abril, 2013, pp. 37-47
Universidade do Vale do Rio dos Sinos
São Leopoldo, Brasil

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=579866791001>

Cuando las paredes hablan. Transformaciones en el estilo de vida de la clase alta bogotana durante el s. XIX

When the walls speak. Transformations in the lifestyle of the bogotanian upper class during the 19th century

Daniel E. Aguilar Rodríguez¹

deaguilar@uninorte.edu.co

Resumen. El presente artículo pretende ilustrar las transformaciones en el estilo de vida de la clase alta bogotana en el siglo XIX, a través de un recorrido que se hace al interior de sus casas. El análisis asume la vivienda como el espacio social en el cual acontecen acciones generalmente orientadas a la generación de entendimiento, sentido y distinción. Así, las casas son concebidas como espacios, no sólo de interacción, sino de construcción simbólica, a través de los cuales se representaban a sí mismos y su status dentro de la sociedad.

Palabras clave: clase alta bogotana, comunicación y ciudad, sociología urbana, distinción, siglo XIX, período republicano colombiano.

Abstract. The article attempts to depict the transformations in the lifestyle of the upper class in Bogotá during the 19th century by examining the inner space of their houses. The analysis assumes that the house is the social space in which there are social actions aiming to generate understanding, meaning and distinction. Thus the houses are conceived as spaces not only for interaction, but of symbolic construction, through which the inhabitants represent themselves and their status within society.

Key words: Bogotá's upper class, city and communication, urban sociology, distinction, 19th century, Colombia's republican period.

Introducción

Muchas de las casas del llamado sector histórico de Bogotá cuentan con un pasado de familias de rancio abolengo o que reclamaron, en su momento, posiciones tras desvencijados escudos de armas. Gran parte de esas fachadas atestiguan el intento de sus habitantes por borrar el pasado colonial español, abrazando ideas republicanas provenientes de Francia (Mejía, 1999; Borja y Rodríguez, 2011).

Dicho período constituye uno de los momentos determinantes de la constitución de Bogotá como ciudad, más allá de la de pueblo. Resulta evidente

¹ Profesor Asistente, Departamento de Comunicación Social de la Universidad del Norte. Barranquilla, Colombia.

que la aparición de un nuevo diseño arquitectónico, bien fuera público o privado, generó un sentido de desarrollo y de avance². De alguna manera convirtió en palpables los cambios entre el período colonial y evidenciados en la adopción de nuevas prácticas y usos sociales, ampliamente influenciados por el estilo francés (Aries y Duby, 1986).

Persisten en el paisaje urbano los vestigios de la ciudad española, colonial, de casas blancas de tapia pisada y bahareque, de balcones de madera que se alzan sobre estrechas callejuelas, que hablan de familias grandes, con servidumbre, caballos y sillas de mano en las que se transportaban aquellos que gozaban de algún poder (Mujica, 1994; Ortega, 1990).

Ante ese fenómeno morfológico que se puede apreciar en la Bogotá que en algún momento se llamara Santafé, surgió el interés por determinar las transformaciones en el estilo de vida de quienes moraban dichas viviendas. La necesidad de saber si, así como en las fachadas de sus casas se notaba esa influencia francesa, también había sido manifestada en su quehacer diario, en sus relaciones con el espacio y con los demás, especialmente con los demás.

Metodología

El desarrollo del presente estudio se llevó a cabo a través de la consulta de fuentes secundarias, revisión de los documentos históricos y crónicas de la época especificada, lo que permitió identificar elementos que dieran cuenta del estilo de vida de la clase alta bogotana decimonónica, posterior al período de independencia.

Asimismo, por las características del estudio, resultaban imperativas las visitas a las casas de la época que aún conservan su estructura original, a modo de trabajo de observación, lo que permitió contrastar la consulta de las fuentes escritas, con los espacios reales que aún se preservan en el centro histórico de la ciudad.

De Santafé a Bogotá

La ciudad decimonónica de Santafé de Bogotá soportó los constantes embates de guerras civiles provocadas por patriotas y realistas, primero; federales y centralistas, segundo, y, por último, las peleas fraticidas entre liberales y conservadores, que se perpetuaron más allá del siglo XIX. En ese proceso pasó de ser una pequeña ciudad hidalga destinada a funcionarios de la corona (Romero, 1999) a constituirse en centro económico y político de toda una

nación que veía concentrados en ella todos los poderes de la república, ese nuevo experimento.

Santafé fue, desde su fundación hasta el período final de la colonia, una villa señorial, destinada para ser habitada por aquellos españoles o criollos funcionarios de la corona. Su condición de capital del virreinato y luego de la Nueva Granada y la Gran Colombia, respectivamente, dio paso a un gran flujo de migrantes de diferentes partes del altiplano cundiboyacense y del país en general, que buscaban oportunidades y soluciones a su calidad de vida en la ciudad capital (MHC, 1978, Tomo I). Ello generó un incremento demográfico (ver Gráfico 1) y, por consiguiente, la transformación de las dinámicas urbanas, generando así una gran presión sobre la ciudad misma, conduciendo a una implosión que determinaba el desplazamiento de un sector social hacia otro espacio, fenómeno que señalara Henry Lefebvre (1978) como característico de las ciudades que crecen de modo desmesurado.

A pesar de la evidente fluctuación poblacional entre el período de 1879 a 1886, en que la población se duplicó, la ciudad no creció en infraestructura de modo proporcional a su incremento demográfico. Santafé de Bogotá continuó siendo la misma pequeña ciudad que invadió Tomás Cipriano de Mosquera en la década de 1860.

Ante el acelerado crecimiento demográfico durante la última parte del siglo XIX resultaba inevitable la transformación en las dinámicas sociales de la ciudad, que de modo vertiginoso se convirtió en centro de actividad económica y social, en donde comienza a hacerse evidente la división entre lo urbano y lo rural, desde una perspectiva sociológica, pues se presenta en el momento

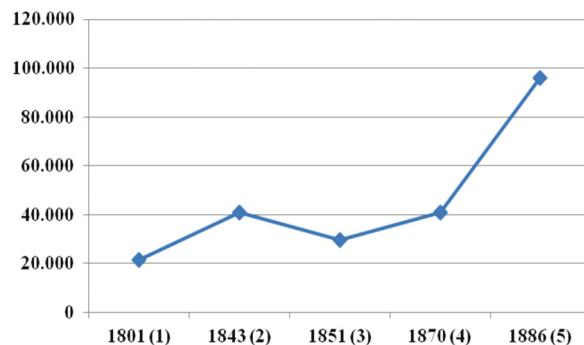


Gráfico 1. Población de Santafé de Bogotá.

Graph 1. Population of Santafé de Bogotá.

Fuente: (1) Estadística Colombiana 1876; (2) Censo de 1843; (3) Censo de 1851; (4) Censo de 1870; (5) Censo de 1886.

² Cabe anotar que, durante el primer gobierno del General Tomás Cipriano de Mosquera, éste se interesó bastante en el desarrollo de Bogotá como centro urbano. Para tal efecto, decretó la necesidad de construir edificios públicos que hicieran honor al período republicano que se había instaurado tras las gestas independentistas.

en que las relaciones sociales y comerciales tienen mayor trascendencia para la sociedad que la misma producción agrícola (Lefebvre, 1978). Es el momento exacto de la Santafé como ciudad patricia, según categoría de José Luis Romero (1999).

Asimismo, la relación inversa entre crecimiento demográfico e infraestructura significó la coincidencia espaciotemporal de clases heterogéneas, acelerando el posterior proceso de migración de la clase alta bogotana, hacia áreas despobladas en el sector de Chapinero, al norte de la sabana (Arango, 1989; Borja y Rodríguez, 2011).

Sobre la vivienda colonial

De acuerdo con la ley de Indias, los terrenos cercanos a la plaza mayor de la ciudad debían ser seccionados en 4 partes, los de las cuadras posteriores en 8, de modo tal que las casas construidas en el perímetro inmediato a dicho centro contaban con mayor amplitud y, por lo tanto, estaban destinados a aquellos señores de mayor rango social (Arango, 1989; PDAMB, 1993), convirtiéndose así la extensión y ubicación del terreno en primer estadio de diferenciación o distinción social, de acuerdo con la categoría propuesta por Pierre Bourdieu (1998).

Al iniciarse la construcción de las primeras viviendas, los colonizadores encontraron obstáculos que no permitieron desarrollar el mismo tipo de construcción europeo (MHC, 1978, tomo I). En primera instancia, el clima frío de la ciudad. Asimismo, los materiales para la construcción usual en España no se encontraban a disposición en las cercanías. Por lo tanto, se vio la necesidad de recurrir a los elementos autóctonos de la construcción indígena como el *bahareque* y la *tapia pisada* (Corradine, 1982).

Algunas familias adineradas pudieron costear el lujo de traer piedra desde las canteras, cercanas hoy en día, pero que entonces significaban un gran trabajo y un alto costo económico. Tener, por lo tanto, una fachada con piedra representaba, por lo tanto, un gran elemento de distinción en la sociedad; más aún, si la piedra cubría una gran porción ó la totalidad del suelo de la vivienda.

La mayoría de las viviendas eran de una sola planta, como aún se evidencia en el centro histórico de Bogotá. Sin embargo, algunas conocidas como “casas altas”, contaban con un segundo piso en la parte frontal, en donde se ubicaban las áreas sociales (Mujica, 1994). De esta manera, la sala, el comedor y la cocina, por razones de comodidad, se ubicaban en la parte alta de la casa, mientras que las

habitaciones seguían quedando en la parte posterior del primer piso de la vivienda.

Las calles que atravesé [...] eran tan angostas como las de Caracas. Sin embargo, aquí abundan más, en términos generales, las casas de dos pisos. Las casas no son tan altas como en Caracas, Valencia, Mérida, Cúcuta o Tunja, pero sí más espaciosas que en Trujillo y en Pamplona (Coronel Willian Duane, in BPR, 1991, p. 130)³.

La primera planta de las casas de dos pisos se destinaba a pequeños e incómodos locales, llamados “tiendas”, en donde, por lo general, se instalaban negocios de la familia o bien de arrendatarios “de baja ralea”. Posteriormente estas “tiendas” se convertirían en lugar de hacinamiento y serían señaladas como foco de infecciones que pronto generaron el malestar de las respetadas familias que vivían en el segundo piso (Urrego, 1997) y que veían la necesidad imperante de establecer la diferencia entre “los de arriba” y “los de abajo”.

La diferenciación social consistió en la separación espacial de las clases sociales, en la aparición de barrios para cada una de ellas. La separación no había estado muy marcada en el s. XIX, pues fue frecuente que en un mismo barrio conviviesen sectores opuestos, e incluso en una misma casa, separados sólo por un piso (Urrego, 1997, p. 106).

La casa como un espacio de construcción simbólica

Tras la independencia, a pesar de la inestabilidad política de la incipiente república, Francia se convirtió en el principal socio político y económico de Colombia (MHC, 1978, tomos I y II), lo que se vio reflejado no sólo en el comercio y las instituciones, sino en la vida diaria de aquel sector de la población que tenía la posibilidad de algún contacto con la cultura y los emisarios franceses, adoptando nuevas prácticas, modos y modas legitimadas como lo aceptable, lo correcto, que marcara distancia con el pasado colonial español. Asimismo, servía como elemento que los diferenciaba de los otros, de aquellos “menos favorecidos”⁴, generando elementos para la conformación de una identidad de clase, incorporada al punto de convertirse en un *habitus* de clase (Bourdieu, 1973).

³ “Santander y la opinión angloamericana: Visión de viajeros y periódicos (1821-1840)”. Edición para la conmemoración del Bicentenario del Natalicio del General Fco de Paula Santander. Editado por la Biblioteca de la Presidencia de la República, bajo la administración de César Gaviria Trujillo, 1991.

⁴ Es común encontrar, en las crónicas, la referencia a la clase alta, como los “sectores favorecidos” de la sociedad. Término éste que presenta el imaginario sobre el cual la riqueza y la posición social eran elementos concedidos por gracia divina. Por antonomasia, el término “menos favorecida” hace referencia a aquellos que no habían sido favorecidos por la fortuna.

El espacio habitacional se constituye, pues, en espacio de significación, de intercambio simbólico en donde se produce y reproduce un discurso de clase, que se manifiesta a través de elementos que generan distinción (Bourdieu, 1998). La disposición del espacio de la casa, como escenario de interacción, así como la decoración de la misma determina una diferenciación con aquellos que no se encuentran en el mismo espacio social.

La fachada o del espacio público

En su mayoría, las casas santaferas tuvieron sus rostros pintados de blanca cal y techos rojos de barro cocido, con ventanas de madera que se convertían en la única fuente de luz durante el día. En los inicios del siglo XIX, gran parte de las casas no contaban con vidrios, por lo que las ventanas tenían portezuelas de madera precedida de rejas del mismo material ó de hierro, las cuales otorgaban seguridad⁵ y calor, teniendo en cuenta las corrientes de aire frío tan comunes en Bogotá.

Sus casas, sólidamente construidas, ofrecían espacio y comodidad a los que moraban en ellas; lo que, según la opinión de muchos, puede valer tanto como lo que se llama elegancia y buen gusto moderno. Macizos balcones, en cuya formación no se había economizado la madera; gruesas ventanas guarneidas con espesas celosías, que daban escasa entrada a la luz y al aire (Acevedo de Gómez, 1976, p. 17).

La aparición del vidrio se convirtió en elemento diferenciador, dado que cambió por completo la percepción de dentro y fuera que se manejaba hasta entonces. El vidrio permitía la entrada de la luz sin necesidad de abrir la ventana, resguardando el interior de la casa. La luz entró en las habitaciones, dejando por fuera el polvo y la inseguridad.

Los amplios balcones que presidían las fachadas de las casas de dos pisos, adornados de flores y plantas, se convierten en el escenario desde donde el señor de la casa podía tomar una posición elevada, siendo testigo de cuanto acontecía frente a su “propiedad”, como observando los toros desde la barrera, enfatizando su status dentro de la sociedad santafera, siendo reconocido por su poder económico y/o político.

Volviendo al primer piso se encuentran, principalmente, fuertes portones de madera, tan altos y anchos

como para permitir la entrada de un caballo o de unos indios cargando una silla de manos sin tropezar. Grandes puertas flanqueadas algunas por gruesas y fuertes columnas de piedra, y presididas, otras, por el escudo de armas de la familia que moraba dicha vivienda., dado que los blasones legitimaban el estatus de los moradores de la vivienda.

En su portón se podía contemplar el escudo de armas de los Maldonados, acoplado con el blasón de los Mendoza. Esta residencia era similar a todas las casas de dos pisos edificadas en la ciudad, pero de mayores proporciones en su área de terreno (Ortega, 1990, p.409).

En las casas ubicadas en los antiguos barrios de la Catedral y del Príncipe⁶, encontramos que una gran cantidad de estos portones era sucedidos de otras puertas más delgadas y delicadas en su acabado y detalles, ubicadas al fondo de un corto pero oscuro corredor, al cual se le concede el nombre de “zaguan”.

En dicho zaguan se descargaban los víveres que se traían del mercado, sin necesidad de dejarlos expuestos, mientras se encontraba el espacio destinado en la despensa. Del mismo modo, ese corredor servía como lugar de espera para aquellos que llegaban de improviso, antes de ser recibidos por los señores de la casa, dentro de las áreas sociales de la misma.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los bogotanos acaudalados intentaron cambiar en algo las fachadas de sus antiguas casas, tratando de imprimir en ellas cierto aire francés. Después de la década de 1860, varias familias habían modificado por completo la apariencia exterior de sus viviendas, llegando a incluir colores más festivos, si se puede llamar así, a las fachadas.

Los marcos de las ventanas se maquillaron con aplicaciones de yeso u otros materiales que podían generar una sensación más artística que funcional a éstos. Los balcones de madera pronto fueron cambiados por otros con apliques de hierro o acero, que daban un aire sofisticado, moderno, a la vivienda. Aparecen entonces los “balcones arrodillados”, pues su soporte en la base se constituía por un arabesco que daba la imagen de una pierna flexionada, para recibir el peso del armazón.

Para la decimonónica década de los 80, aparecieron construcciones realmente republicanas en todo su sentido, no sólo en su apariencia exterior y ornamentación, sino de diseño de espacio. La piedra entra a jugar un papel fundamental en las fachadas, así como el ladrillo también

⁵ Para entonces, la inseguridad no era un factor preocupante para Santa Fe de Bogotá, pues era una ciudad bastante segura, a no ser por la esporádica aparición de bandas de asaltantes. Sin embargo, los factores de mayor riesgo para una persona acaudalada no consistía en ser asaltada por extraños, sino ser asesinado por sus propios allegados y familiares para heredar su fortuna.

⁶ El primero se ubicaba desde la actual Calle 11 hacia el sur, hasta la calle 6 y desde la carrera 7 hasta Egipto, por el oriente; el segundo se ubicaba entre la actual avenida Jiménez y la calle 11 por el sur y entre la carrera 7 y la Concordia por el Oriente.

adquiere un rol determinante en la nueva arquitectura urbana que se genera en Santafé de Bogotá. Es precisamente la utilización de la piedra en las fachadas la que designa el poder y prestigio de una familia. Tal es el caso de la mansión Casabianca, en donde la fachada de la misma hace ostentación del grado de distinción de la familia, dada la capacidad económica para costear una construcción que, en su momento, fue una de las más modernas y lujosas de toda la ciudad (Ortega, 1990), así como su exquisito gusto francés.

De los espacios sociales en la casa

Resulta importante, en este punto, definir la diferencia entre espacio público y espacio social. El primero de estos está destinado a mostrar o comunicar hacia afuera el *Status Quo* de quien vive en la casa, estableciendo una frontera entre el *adentro* y el *afuera*, así como entre el “pueblo” y la “gente de bien”⁷. Para poder observar los espacios públicos, no se requería de nada, mas para acceder a los espacios sociales o privados debía contarse con cierta cercanía con la familia o una invitación por parte de ésta.

Por otra parte, el espacio social es el lugar en donde se desarrollan actividades de tipo social, que se convierte en escenario de intercambios simbólicos que dan cuenta del capital económico y cultural (Bourdieu, 1986) de quien habita la vivienda por medio de la exposición de objetos destinados a generar distinción (Bourdieu, 1998).

La sala

La sala se establece como el lugar en donde, por medio de la atención al otro, se podía hacer gala de todos los elementos que pudieran convertirse en significantes de distinción y de clase. En el período colonial se traducía en la cantidad y calidad de la servidumbre, así como en la amplitud del espacio social o el decorado y la ornamentación del mismo, demarcando la cercanía con el patrón europeo (Lara, 1998).

Durante el proceso de transformación de lo rural a lo urbano, la sala, como espacio social de la casa, jugó un papel determinante en el desarrollo de la vida social de dicha clase alta bogotana, pues constituyó el escenario en donde se ponían en acción todas las prácticas y usos sociales (Lara, 1998, 2000) de la autodenominada gente de bien. Es el escenario primero del derroche y la ostentación, entendiendo éstos como elementos de distinción social

que cada vez los alejaban más de lo rural y los colocaba en lo más alto de la pirámide social urbana.

El mueblaje de las salas no podía ser más modesto; canapés de dos brazos en forma de S, sin resortes, y forrados en filipichín de Murcia; mesitas de nogal estilo Luis XV, en que se ponían floreros de yeso bronceado, con frutas que se copiaban de los colores naturales; estatuas de la misma materia; representación de la noche y el día, con un candelabro en la mano; cajones de Niño Dios, de Nuestra Señora de los Dolores, o de algún Santo, llenos de todas las chucherías y baratijas imaginables; taburetes de cuero con espaldar pintado de colores abigarrados. En los rincones se colocaban pirámides de papayas que embalsamaban la atmósfera con su aroma y abuyentaban las pulgas; vitelas en las paredes de asuntos mitológicos o de la historia de Hernán Cortés [...] La araña de Cristal suspendida de cielo raso era un lujo que pocos gastaban (Cordovez Moure, 2006, p. 22).

Con la aparición de una muy pequeña clase burguesa, que en realidad se trataba de miembros de la misma clase alta que tuvieron la oportunidad de viajar a Europa, se da una transición en la que adquieren relevancia elementos de la nueva sociedad cortesana francesa, para quienes los lujos y la delicadeza de los detalles, además de su disposición espacial, constituyen elementos fundamentales de distinción. Se da paso, entonces, de un espacio unidireccional e impositivo como la sala-estrado de colonia a la sala como escenario para la interacción social.

Siguiendo las tendencias europeas, los muebles, objetos, adornos y disposición de la sala doméstica de la élite social en Santafé de Bogotá cambiaron de modo constante desde fines del siglo XVIII y a todo lo largo del siglo XIX. El cambio fue tan continuo que cada generación se pronunció acerca de aquellas cosas y costumbres que les precedieron considerándolas parte de un mundo desaparecido. El moblaje de la sala se transformó desde el abandono del estrado a fines del siglo XVIII hasta el establecimiento del salón burgués en las últimas décadas del siglo XIX (Lara, 2000, p. 94).

En el relato “las tres tazas”, de don José M^a Vergara y Vergara (in Cordovez Moure, 2006) se muestra, a partir de tres invitaciones hechas al autor, en diferentes épocas del siglo XIX, cómo debía ser la etiqueta de un “bogotano de bien” cuando se era invitado a una reunión social en

⁷ Aunque el primero de ambos calificativos, “pueblo”, parece y, de hecho, es peyorativo, es así como la gente de la alta sociedad santafereña se refería a las diferentes clases sociales. El bogotano se caracterizaba por su gran expresividad verbal. En los escritos de J.M. Cordovez Moure, en varios pasajes, es común encontrar la palabra pueblo, refiriéndose a los sectores “menos favorecidos” de la sociedad.

casa de algún ciudadano ilustre. Asimismo, refleja el uso de las áreas sociales de la vivienda de clase alta, cuando se trataba de ofrecer un “refresco”⁸ a los más dilectos amigos de la casa.

En el caso de las tres tazas⁹ se ve claramente, por ejemplo, que los invitados debían serlo con tarjeta membreteada, recibida con antelación y previa confirmación de la asistencia, a la usanza cortesana europea (Elías, 1996). Igualmente, llegado el día, debía contar con una excelente presentación personal (lo que implicaba un baño para la ocasión) y un comportamiento delineado por las normas de etiqueta de dicho grupo social, pues la cortesía y modales convencionalizados como correctos legitiman la distinción y el status. El grado de civilidad de una persona debía ser directamente proporcional a la posición social, lo que implica la incorporación de ciertos *habitus* de clase (Bourdieu, 1973, 1998).

De modo casi simultáneo, en 1853, aparece por entregas el Manual de Urbanidad y Buenas Costumbres del venezolano Manuel Antonio Carreño, a través del cual se legitiman ciertas prácticas y costumbres estableciéndolas el deber ser y lo apropiado, dadas las nuevas tendencias. Se definieron los parámetros de la etiqueta, los cuales fueron tomados de modo muy estricto por algunas familias santaferéñas.

Salas y tertulias

Con el siglo XIX llegaron las primeras de dichas tertulias, las cuales fueron organizadas por mujeres distinguidas como doña Manuela Santamaría Manrique, también conocida como “*la mujer sabia de la Colonia*”, quien en su casa fundó la “Tertulia del buen Gusto”, especie de institución no formal de educación vocacional, que tenía como fin inculcar los parámetros del buen gusto y la distinción. En éstas, las señoritas entablaban largas discusiones en torno a los conocimientos básicos que se esperaban de una dama de “sociedad”, de acuerdo a lo concebido como correcto y apropiado dentro de su status social. Tales tertulias se convierten en elemento determinante de la vida intelectual de Santafé, lo que constituye una característica fundamental de todo centro urbano, de acuerdo con Georg Simmel (1978).

Al lograr la independencia, las casas se convirtieron en centros de reunión y celebración importantes, pues la ciudad no contaba con lugares amplios que permitieran llevar a cabo reuniones sociales de la élite santafereña, lo

que equivaldría al rol actual de los clubes sociales. Las familias de mayor prestancia y con mayor espacio en sus viviendas ofrecían sus salas para tales agasajos, teniendo así oportunidad de demostrar al “otro”, al invitado, su poder económico y reconocimiento social.

El comedor (entre el espacio social y el privado)

En el período más alto de la colonia, como se muestra en “El Carnero” de Juan Rodríguez Freyle (1992), era común que un gran patrón invitara muchos comensales a su mesa, debido a que entonces resultaba distinguido poder atender a muchas personas, para así ofrecer comida y vino en cantidades exageradas, lo que denotaba el poder del anfitrión. Por otra parte, entrada la etapa final de la colonia, no era relevante la cantidad de comensales y comida ofrecidos, sino el refinamiento en la servidumbre, la disposición de los alimentos en la mesa, de los cubiertos y la vajilla.

El grado de civilidad de los congregados en torno a la mesa se evidencia a partir de las aptitudes que éstos mostraron en el uso establecido y legitimado como correcto por las normas protocolarias. En el caso en que el comedor se prestase para un evento social, la disposición de la mesa sirve como relevante de la prestancia social (Cordovez Moure, 2006). Los cubiertos de plata y las finas vajillas traídas de Europa, así como los exquisitos cristales para el vino, se convierten en elementos fundamentales para demostrar la posición económica de los anfitriones frente a los invitados. Especialmente si éstos últimos eran extranjeros.

La cocina

El humo y los olores que se albergaban en la cocina hacían de ésta un espacio no apto para las refinadas damas santaferéñas. La cocina deviene un espacio femenino, en donde la acción de cocinar no era realizada por la señora, sino que se encargaba de dirigir a las mujeres del servicio doméstico. Se convierte, por tanto, en un espacio de micropoder de la mujer que ordena y administra sobre la que ejecuta el acto de cocinar.

Las cocinas, por lo tanto, quedan por fuera de los espacios de interacción social de la clase alta durante el siglo XIX. En muchos casos, su ubicación ni siquiera la tomaba en cuenta como espacio vital para otros escenarios

⁸ Término utilizado en la época para referirse al chocolate, café o té, intermedio entre el almuerzo y la cena.

⁹ Las llamadas tres tazas son el chocolate, el café y el té, que respectivamente llegaron a apoderarse de las costumbres cotidianas de la clase alta bogotana, en diferentes épocas y bajo diferentes influencias de tipo europeo.

sociales, como la sala o el comedor. Algunas casas contaban con pequeñas cocinas ubicadas al fondo de la casa, por lo que no resultaban muy funcionales, pero así se evitaba el problema de su apariencia, con respecto al resto de la decoración de la casa.

Algunas casas de tamaño bastante considerable, como la Casa del Marqués de San Jorge, contaban con una cocina en el segundo piso, amplia y con una estructura que permitía la evacuación del humo producido por las estufas de carbón. Quizás fue esta misma estructura la que le permitió ubicarse en tan selecto sector de la casa, al lado del comedor y a cerca de 10 metros de la sala principal.

Con la llegada de la luz eléctrica, durante el lustro final del siglo XIX, se introdujo la posibilidad de la plancha y la estufa eléctricas, lo cual ocasionó un gran revuelo en la alta sociedad santafereña (MHC, 1978, tomo II; Iriarte, 1984; Ortega, 1990).

(José María Samper Brush) fue quien en noviembre de 1895 dio a la ciudad una muestra de la capacidad de generar energía, al hacer funcionar un taladro, unas luces incandescentes y una cocina portátil (Urrego, 1997, p. 100).

Aunque el proceso fue gradual, poco a poco, la estufa eléctrica, aparte de significar un elemento de distinción su posesión, también acercó a las damas santaferañas a la cocina. Así como la plancha indujo a esta práctica, sobre la cual, anteriormente, se consideraba requerir de una fuerza no apta para las mujeres de su clase, ya que las planchas de carbón tenían un peso considerable.

Sobre los espacios privados

Se trata de aquellos espacios destinados para uso familiar y en donde se acepta la presencia de la servidumbre como algo necesario. Son aquellos espacios en donde la familia se recoge de la sociedad y se separa de ésta.

Tales espacios contaban con una función específica y con una connotación de propiedad determinada, dependiendo de quién lo utilizara con mayor frecuencia: *la biblioteca de papá, el salón de costura de mamá y nuestras habitaciones*. Así mismo, existen otros espacios como el Oratorio en donde se llevaba a cabo la acción cotidiana obligatoria de toda familia piadosa y temerosa de Dios: el Rosario. Este último elemento resulta importante tenerlo en cuenta, por la gran influencia de la iglesia católica y

por la importancia de las imágenes religiosas dentro de la decoración de la casa.

La biblioteca, a pesar de ser un espacio abierto para todos los miembros de la casa, por lo menos en la gran mayoría de los casos, no dejaba de ser un espacio de connotación principalmente masculina. A pesar de que la mujer jugó un papel muy importante y determinante en las tertulias culturales que se presentaron en Santafé de Bogotá, la educación era orientada al hombre, quien estaba “destinado” a dirigir y gobernar. La mujer, por su parte, estaba “destinada” a manejar otras “artes menores”, además de convertirse en vigía constante de los valores y las normas de la etiqueta social¹⁰. Si bien es cierto que no todas las casas contaban con salón para costura, éste era uno de los oficios que toda mujer debía aprender, dentro de esa designación arbitraria de roles, en el cual la mujer era esposa y madre, por lo tanto debía ser competente en el dominio de los oficios que su rol le exigía.

Ya crecidos los hijos, van los varones al colegio; pero las niñas, por lo regular, no se apartan de la madre, quien les enseña la vida práctica y hacendosa del hogar, donde aprenden, en vista del ejemplo, que es mejor maestro todo el cúmulo de quehaceres domésticos que hace aptas a las colombianas para emprender el camino incierto de la vida... Por lo general no son muy letradas, aunque sí gustan de la lectura; tienen marcada inclinación al chiste incisivo y de doble sentido; no son competentes para la teneduría de libros ni las lucubraciones científicas (Cordovez Moure, 2006, p. 500).

Cuenta Cordovez Moure, en sus reminiscencias de Santafé y Bogotá, que, durante el siglo XIX, las mujeres tenían pocas actividades para realizar en casa, aparte de dedicar largas horas a la oración durante la mañana, a dirigir la preparación del almuerzo al medio día y al jardín o a la costura en las tardes, antes de la hora del rosario, es decir, entre las seis y las siete de la noche.

Despachados después del almuerzo los hombres de la casa, empezaba la madre de la familia las tareas consiguientes al aprendizaje de las niñas en los ramos de costura, bordado, flores de mano, guitarra y canto, porque el piano era mueble propio sólo de los más favorecidos por la suerte; leían El Año Cristiano y recibían visitas de las “personas de calidad”, quienes se entretenían dando lecciones orales en diversas materias (Cordovez Moure, 2006, p. 511).

¹⁰ Hasta mediados de la colonia, la instrucción y la lectura estaban destinadas primordialmente a los hombres, los de clase alta, pues eran los potenciales gobernantes y como tales debían contar con buenas bases culturales. Por su parte, la mujer logró, poco a poco, escalar escaños en su educación, gracias a la ayuda de la iglesia y de benefactores que donaron casas para la formación de escuelas femeninas.

El rosario en el oratorium

El Santafereno, en especial el de clase alta, se caracterizaba por ser extremadamente piadoso y temeroso de Dios (Ortega, 1990). La religión constituyó un elemento fundamental que determinaba lo permitido y lo pecaminoso. Diferenciaba lo sacro de lo profano y lo femenino, lo sacro de lo profano y lo bueno de lo malo. Contar en la casa con un pequeño oratorio se convertía en algo casi obligatorio, que bien podía ser una estancia particular o, en su defecto, un pequeño altar dedicado a alguna imagen religiosa.

Si bien es cierto que los sacerdotes tenían mayor entrada a cualquiera de los ámbitos de la casa que cualquier persona ajena a la familia, era en el oratorio en donde ejecutaba su función sacerdotal y donde se ejercía el acto de la confesión, el cual no sólo constituye un contrato de confidencialidad entre feligrés y sacerdote, sino que le otorga a éste último el poder del perdón.

Cabe anotar, sin embargo, que el oratorio no se constituía en el único lugar con imágenes religiosas, pues, dentro del respeto santafereno por la iglesia y sus preceptos, las imágenes de este tipo eran muy comunes dentro del decorado general de la casa. Incluso, los pintores más famosos de la época tenían como especialidad las imágenes religiosas, además de los retratos destinados a los más prestantes personajes de la vida citadina, los cuales, por su elevado costo, constituyan un elemento de distinción inigualable.

Las habitaciones como espacio privado

La disposición de las habitaciones en la casa se regía, como era de suponerse, dentro de un orden lógico, que va desde los espacios sociales hacia los más privados al interior de la casa. Una especie de tercer nivel de acceso al que, definitivamente, sólo podían ingresar los miembros de la familia, la servidumbre, el cura y el médico.

El excesivo pudor de los piadosos santaferenos condujo a vivir bajo las normas impuestas por el decoro y la etiqueta, amparadas por la Iglesia, las cuales concebían la desnudez como un acto impuro (Carreño, 1923, artículo 2, numeral 9), así como cualquier contacto físico que pudiese surgir entre una pareja, siempre y cuando no fuese dentro de los preceptos de la religión católica.

En la etapa colonial no se acostumbraba mucho que los dueños de casa durmieran en el mismo recinto, pues, siguiendo las instrucciones de la moda cortesana europea, cada uno debía contar con su propio espacio, con la finalidad de reducir el contacto íntimo, que pudiese

caer en pecado de lujuria y fornicación. La influencia de la iglesia en la vida cotidiana afectó, directamente, la vida de pareja, la cual vio, en algunos casos, su lecho separado para no pecar, pues el sexo estaba considerado aceptable, siempre y cuando fuese para procrear, pues se cumplía con el deber de multiplicar los cristianos (Urrego, 1997).

Para la alta sociedad decimonónica, que tenía tan presente el pasado colonial, los conceptos de sexo y placer estaban completamente desligados, pues la unión sacramental se convertía en un “deber de clase” (Urrego, 1997). Así, el placer, como mecanismo de satisfacción sexual, se encontraba en cuerpos distintos al de la esposa, lo que explica la existencia de miembro “bastardos” o hijos naturales, como eran denominados en aquella época y a los cuales la ley no les concedía ningún derecho de heredad sobre los bienes de sus padres.

A pesar de que las crónicas de la época son cortas en descripciones sobre la ornamentación de las habitaciones, se percibe cierta austeridad, como si el espacio fuese percibido según su función específica y, dado que no estaba pensado para la interacción con personas ajenas al núcleo familiar, no como espacio de distinción.

Muchas de las construcciones de la época aun guardan las marcas de la separación de las habitaciones entre el señor y la señora de la casa. Huellas de puertas y muros que dividían espacios que fungían como alcobas personales de los padres del hogar. Por su parte, como se evidencia en las crónicas santaferenas, los hijos compartían recintos, divididos, en el caso de familias numerosas, por rangos de edad y de género, pues no se permitía que hombres y mujeres compartiesen el mismo espacio a la hora de dormir (Acevedo de Gómez, 1976; Carreño, 1923; Cordovez Moure, 2006). La servidumbre, por su parte, quedaba relegada a cuartos cercanos a la cocina y la letrina, en la parte posterior de la casa. Lo suficientemente lejos de la familia, pero lo suficientemente cerca, para atenderle cuando fuese necesario.

De los espacios íntimos

Definimos como espacios íntimos aquellos lugares de la casa en que los usos atañen única y exclusivamente a la persona que lleva a cabo una acción específica en dicho espacio. Son aquellos en los que el ojo externo queda excluido por completo, incluso los demás miembros de la familia. Sin embargo, resulta interesante en este aparte la figura del sirviente, pues al ser considerados inferiores, casi como objetos de propiedad de sus amos, se les sustraía de su condición de sujetos, lo que explica la constante presencia de la servidumbre en los espacios íntimos, casi como elementos fundamentales del aseo y el cuidado personal.

El cuarto de baño

Vale aclarar, a modo de inicio, que en las crónicas bogotanas del siglo XIX se puede apreciar cierta reticencia a hablar respecto de cosas consideradas tan íntimas como aquellas que se ejercían en lo que hoy día denominamos baño.

En primera instancia, los conceptos de *baño* y *sanitario* estaban completamente desligados, pues el primero se relacionaba con el acto de limpiar el cuerpo y el otro, el de las “descargas” corporales, como algo inevitable pero no conversable. Tal parece, por las mismas crónicas de la época, que las personas utilizaban como sanitario la “mica” o el “pato”¹¹, que generalmente se ubicaban debajo de la cama y se utilizaban en la propia habitación. Posteriormente eran evacuados en los canales que corrían por en medio de las calles, o en las partes traseras de las casas. Tales enseres resultaban de gran ayuda, pues evitaban el desplazamiento en medio de la oscuridad hacia la letrina o retrete.

Con respecto al acto de bañarse, el bogotano de entonces no ejercía tal actividad de modo diario como se presenta en la actualidad, sino que se dejaba para los fines de semana, preferiblemente antes de ir a misa de Domingo (Iriarte, 1984). Parte de la causa de dicha costumbre recae en el poco desarrollo del acueducto bogotano, pues, para el período en cuestión, sólo algunas casas (las de los ricos, por supuesto) contaban con una fuente de agua que les permitía recoger el preciado líquido para efectuar el baño corporal. Ante dicha inconveniencia, aquellas familias que no contaban con una fuente directa de agua proveniente de los ríos San Francisco o San Agustín veían la necesidad de comprar el agua a las aguateras, mujeres estas que iban de puerta en puerta llevando el líquido recolectado en las pilas públicas.

Una vez se tenía el líquido para el baño, las criadas se encargaban de calentar el agua y disponer la tina para éste y, en algunos casos, efectuar la operación de las “totumadas”¹² sobre el habitante de la casa, quien se quedaba en posición relajada, mientras las sirvientas se dedicaban a jabonar su cuerpo. Algunas familias, menos adineradas, como para poder contar con el lujo de ser bañadas, veían la necesidad de dejar dicha tarea en manos de la madre, hasta que los hijos contaban con la edad suficiente para bañarse por sí mismos.

Por otra parte, dicho baño, de ser posible, se hacía lejos de la mirada de los demás miembros de la familia, pues el baño se consideraba una actividad íntima, por ser el momento de la desnudez del cuerpo, aunque la “batola”¹³ se

constituía en la prenda de vestir que no permitía dejar a los ojos propios y de terceros la absoluta desnudez del individuo.

Num 5. *No nos limitemos a lavarnos la cara al acto de levantarnos; repítamos esta operación una vez al día, y además, en todos aquellos casos extraordinarios en que la necesidad así lo exigía.*

Num 7. *Acostumbrémonos a usar los baños llamados de aseo, que son aquellos en que introducimos todo el cuerpo en el agua con el objeto principal de asearnos. Nuestra habitual transpiración, el clima en que vivimos, y las demás circunstancias que no sean personales, nos indicarán siempre los períodos en que ordinariamente hayamos de usarlos; pero tengamos entendido que en ningún caso podrán estos períodos pasar de una semana (Carreño, 1923, artículo II).*

Para llevar a cabo la acción del baño, la habitación de las personas, o el patio trasero en los días soleados, se transformaban en el escenario en donde el miembro de la familia se sumergía en el líquido que habría de limpiar su cuerpo. Para tal efecto, se contaba en algunos casos con una especie de tinaja de bronce, o de madera, dependiendo de lo aristócrata de la familia, en donde se vertía el agua previamente calentada. Algunas damas acostumbraban incluir hierbas o leche en el agua, a fin de absorber las esencias durante el baño y mantener el tono claro de su piel.

Conclusiones

La historia de Bogotá, así como la de sus habitantes, se ha desarrollado bajo los parámetros de diferentes influencias que han determinado el estilo de vida de éstos últimos. En el caso del período republicano, una de las conclusiones a las cuales se puede llegar tras haber realizado la investigación conduce a afirmar que la influencia francesa en el estilo de vida de las personas fue determinante durante el siglo XIX. En primera instancia, cuando se comienzan a adoptar ciertas prácticas típicas de la sociedad francesa republicana, así como la aparición de otras como la tertulia, que marcan al paso de Santafé como pueblo a percibirse como centro urbano, y de donde surgieron, finalmente, las discusiones que conducirían a la búsqueda de la independencia de la Nueva Granada, respecto de la corona española.

Los ideales franceses llegaron con los hijos de aquellas familias de clase alta quienes se pudieron educar en Europa y que, finalmente, trajeron consigo la noticia de

¹¹ “Mica” se le dice al recipiente destinado a recoger todo tipo de descargas corporales, mientras que el “pato” está destinado para la orina, específicamente.

¹² Este tipo de baño se efectuaba con la “totuma”, como recipiente aplicador del agua. Por ello, dicha forma de baño corporal obtuvo el conocido nombre de baño a “totumadas”, característico en los racionamientos de agua en la actualidad.

¹³ “Batola”, prenda de tela, parecida a la Pijama, que se ponían las mujeres, principalmente, para efectuar el baño.

lo que sucedía al otro lado del Océano Atlántico. Con ellos también arribaron nuevas costumbres. Nuevas prácticas y nuevos protocolos que determinaban el comportamiento en sociedad y las características de lo que debía ser considerado como prácticas correctas dentro de los usos y *habitus* de una clase determinada.

Esos ideales condujeron, como se explica anteriormente, a la gesta independentista, liderada por los hijos de aquella incipiente burguesía neogranadina, quienes posteriormente lideraron la implementación, más arraigada aún, de los usos y prácticas afrancesadas, de la clase alta colombiana, que tenía como fin eliminar, en la medida de lo posible, buena parte de las prácticas relativas al período colonial español.

Tal efecto se ve representado en la reorganización del espacio urbano, en términos de servicios públicos y desarrollo arquitectónico, así como en un proceso de reorganización del espacio interior de la vivienda. En este sentido, las familias de clase alta, o dominante, vieron la necesidad, paulatina, de ir cambiando el decorado de sus viviendas, asemejándolo más al estilo francés de la época republicana. Esto implicaba, a su vez, la incorporación de nuevos *habitus* de clase, manifestados en el tipo de interacciones sociales que se presentaban y los protocolos que las mediaban. Posteriormente, con el paso del tiempo, tales reformas en el estilo de vida y la decoración se vieron reflejadas en las fachadas que adquirieron la deseada forma del estilo francés, aun cuando su interior guardase el diseño original de la colonia.

Es de esta manera como se presenta un proceso que podría definirse, desde una perspectiva de la semiótica y la comunicación, como un palimpsesto urbano. Es decir, la reescritura sobre un espacio anteriormente escrito. Tal proceso se aprecia en las viviendas, en donde son perceptibles algunos cambios hechos durante el período republicano y que quedan inscritos en las paredes de las antiguas casas coloniales, como si se tratara de un fantasma o una marca (Silva, 2006).

El fenómeno de implosión de la ciudad de Santafé de Bogotá, según el cual la coexistencia de clases tan antagónicas como la clase alta y los desamparados, incluso en las mismas casas, tan sólo separados por un piso, genera tal presión social que conduce al desplazamiento de la clase alta hacia Chapinero, ampliando las fronteras de la antigua ciudad y dando así una nueva perspectiva al desarrollo urbano de la misma. Comenzando por la reorganización espacial de las clases medias y bajas en lo que antiguamente fueran los terrenos de la aristocracia bogotana.

Cabe aclarar que el objetivo principal de la presente investigación consistía en determinar el estilo de vida de la clase alta bogotana durante el siglo XIX, a partir del uso social del espacio habitacional. Para ello, como se

expresa en el primer capítulo, se planteó la posibilidad de “entrevistar” las casas de dicha clase. Ello involucraba un proceso de abstracción e interpretación del espacio, a partir de la contrastación del mismo con la crónica histórica de la época, únicas fuentes para la obtención de la información. Dicho proceso involucraba la comprensión del espacio habitacional desde dos perspectivas: la primera de ellas como el escenario en el cual se desarrollan prácticas y usos sociales y; la segunda, la del espacio como medio en el cual se inscriben ciertos códigos, que tiene como fin el comunicar o manifestar el status, poder y estilo de vida de quien le habita.

Desde esta óptica se llega a la conclusión de que, si bien la distribución del espacio arquitectónico habitacional consta de un diseño con finalidad funcional, la decoración y ubicación del mismo dentro de un contexto tiene una carga simbólica que representa las relaciones de poder frente a la sociedad, así como al interior mismo de la casa. Es decir, que la casa no cuenta, solamente, con un valor de uso (funcional) y de cambio (objeto), sino con un incommensurable valor simbólico (la casa signo)... la casa que habla.

Referencias

- ACEVEDO DE GÓMEZ, J. 1976. Santafé de Bogotá. In: E. LUQUE, *Narradores Colombianos del Siglo XIX*. Bogotá, Colcultura, p.17-20.
- ARANGO, S. 1989. *Historia de la Arquitectura en Colombia*. Bogotá, Centro Editorial Artes Universidad Nacional de Colombia, 291 p.
- ARIES, P.; DUBY, G. (ed.). 1986. *Historia de la vida privada*. Madrid, Taurus, vol. 4, 608 p.
- BORJA, J.; RODRÍGUEZ, P. (ed.). 2011. *Historia de la vida privada en Colombia. Tomo I: Las fronteras difusas del S.XVI a 1880*. Bogotá, Editorial Taurus, 400 p.
- BOURDIEU, P. 1973. Cultural Reproduction and Social Reproduction. In: R. BROWN (ed.), *Knowledge, Education and Social Change: Papers in the Sociology of Education*. London, Tavistock, p. 71-112.
- BOURDIEU, P. 1986. The Forms of Capital. In: J. RICHARDSON (ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. New York, Greenwood Press, p. 241-258.
- BOURDIEU, P. 1998. *La Distinción*. Madrid, Taurus Editorial, 792 p.
- CARREÑO, M. 1923. *Manual de urbanidad y buenas maneras*. Paris, Librería de la Vida de CH. Bouret, 355 p.
- CORDOVEZ MOURE, J. 2006. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá: principios del siglo XX*. Bogotá, Edición del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2497 p.
- CORRADINE, A. 1982. *Historia de la Arquitectura en Colombia*. Bogotá, Academia de Historia en Bogotá, 159 p.
- ELIAS, N. 1996 [1982]. *La sociedad cortesana*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 403 p.
- IRIARTE, A. 1984. *Episodios bogotanos*. Bogotá, Oveja Negra Editorial, 193 p.
- LARA, P. 1998. La sala doméstica en Santafé de Bogotá. Siglo XIX. El decorado en la sala romántica: gusto europeo y esnobismo. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 25:109-134.

- LARA, P. 2000. La sala doméstica en Santafé de Bogotá, siglo XIX. El decorado: la sala barroca. *Revista Historia Crítica*, 20:93-112.
- LEFEBVRE, H. 1978 [1971]. *De lo rural a lo urbano*. Barcelona, Peñínsula Editorial, 268 p.
- MANUAL DE HISTORIA DE COLOMBIA (MHC). 1978. Tomo II. Procultura. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 693 p.
- MEJÍA, G. 1999. *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá (1820-1910)*. Bogotá, Centro Editorial Javeriano, 474 p.
- MUJICA, E. 1994. *Las casas que hablan*. Bogotá, Colcultura, 198 p.
- ORTEGA, D. 1990. *Cosas de Santafé de Bogotá. Celebración del 4º centenario de Santafé de Bogotá*. Bogotá, Editorial Tercer Mundo/Academia de Historia de Bogotá Editorial, 459 p.
- PLANEACIÓN DISTRITAL ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ. 1993. *Cartilla del Espacio Público*. Bogotá, Colombia, 150 p.
- RODRÍGUEZ FREYLE, J. 1992. *El Carnero. Primera edición en Santafé de Bogotá 1638*. Caracas, Editorial Ayacucho, 475 p.
- ROMERO, J. 1999. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 214 p.
- SILVA, A. 2006. *Imaginarios urbanos*. Bogotá, Arango Editores, 201 p.
- SIMMEL, G. 1978. *Las grandes ciudades y la vida intelectual*. Barcelona, Seix Barral Editorial, 523 p.
- SANTANDER Y LA OPINIÓN ANGLOAMERICANA. 1991. Bogotá, Editado por la Biblioteca de la Presidencia de la República, 523 p.
- URREGO, M. 1997. *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá*. Bogotá, Ariel Historia/DIUC Ediciones, 364 p.

Submetido: 17/10/2012

Aceito: 05/03/2013

Daniel E. Aguilar Rodríguez
Universidad del Norte
Departamento de Comunicación Social
Km 5 vía Puerto Colombia
Barranquilla, Colombia

47